



# MADRIGAL A CONCHITA CINTRÓN

A ti, Conchita, sangre de amazonas,  
razón de amor y amor de la andanada,  
a ti que te has ceñido enamorada,  
de tanta plaza fuerte enamorado,  
a ti, litigio ecuestre de los dioses,  
mi madrigal ofrezco y mis adioses.  
Ahí te va por los aires de Castilla  
este cartel rabioso de oro y fuego;  
clávalo cazadora en tu cuchilla  
de hoja de peral. Gerardo Diego  
brinca por ti en su pértiga de jándalo  
y Lope en el balcón arma el escándalo.

\* \* \*

FUE primero un rumor del viento esclavo.  
Del Perú, del Brasil o de la raya  
de Portugal llegaba oliendo a clavo  
o fábula tal vez de algún criollo  
Ovidio tropical fértil de embrollo.  
¿Es América, al fin, vengando a Europa?  
¿Quién rapta a quién? ¿El toro que encandila  
sus potencias de rayo a quemarropa  
o la ninfa que halaga y que motila?  
¿Surge anfibio otro mito en aguas de Veragua?  
Y la luz se hizo carne. Amor celeste,  
quedó en la playa atlántica y morena  
el nâcar de una concha. El viento oeste  
lo pregona en bocina y lo enajena.  
Y Conchita Cintrón, nacida, trota  
y un estruendo de espumas alborota.

\* \* \*

TÚ, Conchita, ya nuestra, no lo sabes,  
tú eres una paloma, una muchacha,  
a nuestra playa sin virtud de naves  
regalada en los brazos de una racha.  
Cuando al espejo íntimo te miras,  
de miedo de perderte, te retiras.  
Hubo una Arcadia, allá por Santiponce  
—tú pisabas los tréboles mentales  
en la dehesa azul—. Gente del bronco  
se llamaban entonces los juncales  
y a su paso marchoso y jaranero  
se vendían esencias de torero.  
Reinaban cordobés y castoreño,  
aun quedaban patillas por la sierra.  
Emilio "Bomba", Fuentes y "Algabeño"  
disputaban la túnica del "Guerra",  
y, entrando en nuevo siglo de babeles,  
Córdoba duplicaba Rafaelés.  
De dos "Quinitos" fué la edad de oro,  
el maestro de las chulas musiquillas  
y el que al ruedo salía como al coro,  
canónigo a cantar sus banderillas.  
¡Oh dulce Arcadia del toreo obeso!  
Si Eva vistió de luces fué por eso.  
Y al ruedo descendió desde su palco  
Juno opulenta o rebosante Ceres,  
a guñiar lentejuelas de oro y talco  
entre los alamares. ¡Oh placeres

de sortija de habano y sobremesa,  
chorrera charra y taleguilla opresa!  
Pues si el cuerno indiscreto por ventura  
rasgaba, ¡qué rechifla, qué algazara!  
La circense, esperada coyuntura  
y en número de escarnio su remedo  
entre el jaulón del tigre y Don Tancredo.  
Y sobrevino el triunfo del decoro,  
la ley contra la hembra. Ley canónica,  
ley sálica de Angélica y Medoro,  
mas sin guerra civil, peste borbónica.  
Alza a su palco el vuelo la "Reverte"  
y en Venus se estiliza y se convierte.  
Y ahora es el reino de los festivales  
y ya son pardos todos los felinos.  
Juegan al alimón con los chavales  
y gallos de espolón los femeninos  
retoños del cortijo y la nobleza.  
Nadie se viste ya por la cabeza.  
Tú sola, tú jinete, tú peona,  
tú Conchita Excepción, tú iluminada  
Juana de Arco a las voces de tu zona,  
juraste la bandera desbocada  
y abrazaste los votos del monjío  
y el duro cuero, el hábito bravío.  
Por especial designio o privilegio  
de Tauro o Zeus, tú naciste sola  
entre las hembras. Ya desde el colegio  
triste y alegre de misterio y cornisa,  
ajustando tangencia y reverencia  
en torno a tu armonía y tu cadencia.  
A caballo o a pie, las dos cartillas  
del toreo a rejón y muerte a estoque  
explicas en Lisboa y Sevilla,  
doctora por Coimbra e "in utroque".  
¡Qué aroma de ultramar canela y rosa!  
mueves, virreina, por la lidia airosa!  
¿Cómo olvidar tu irresistible cite,  
el recorte de sal, sombrero en mano,  
el ímpetu glorioso del envite  
y el halagar la crín de tu alazano;  
tu brindis, tu ayudado, tu estocada,  
tu piedad por la sangre derramada?

\* \* \*

Y, homicida traidora, la noticia.  
Conchita se retira de los ruedos.  
La monja alférez es ya la novicia,  
la novia en flor, promesa de viñedos,  
y va a abrir la cancela a sus palomas  
para que vuelen libres por las lomas.  
El albañil de rimas en su andamio,  
blanco de cal y palidez, arroja  
su madrigal torcido a epitalamio.  
Tu orejita, Conchita, nadie moja,  
mas ya se ofrece, nido guaraní,  
para el travieso beso colibrí.

Gerardo DIEGO

(De la Real Academia Española.)